

Elías Nandino

Erotismo

al

Rojos Blanco

y otros

Poemas



EDITORIAL ÁGATA®

Fotografías de interiores: Archivo de El Informador, del Museo “Elías Nandino”
y de Carlos Vela.

Formación, diagramación y diseño de interiores: Entre Páginas Editorial.

Primera edición, 1983.

Segunda edición, Editorial Ágata, Guadalajara, Jal., México, 1990.

Tercera edición revisada y aumentada, Editorial Ágata, 1991.

Primera reimpresión, 1997.

Segunda reimpresión, 2001.

Cuarta edición, Editorial Ágata, octubre 2017.

D.R. © Editorial Ágata.

ISBN 978-607-8107-26-1

Impreso y hecho en México.

Printed and made in Mexico

Todos los derechos reservados. Aparte de los usos legales relacionados con la investigación, el estudio privado, la crítica o la reseña, esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en español o cualquier otro idioma, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro inventado o por inventar, sin el permiso expreso, previo y por escrito de la editorial.

Índice

Introducción	11
Texto de Carlos Monsiváis	15
Texto de Vicente Leñero	29
<i>Poema Prefacio</i>	35
<i>Poemas Eróticos (1979 a 1980)</i>	39
<i>De Doble Filo</i>	69
<i>Alburemas (1982)</i>	89
<i>Picardías (1989)</i>	113
<i>Epigramas (1989)</i>	125
<i>Décimas Desnudas (1948)</i>	139
<i>De Prismas de Sangre (1949)</i>	147
<i>Haikais</i>	161
<i>Sonetos Carnales</i>	167
Entrevista por Oscar Trejo Zaragoza	175

Editorial Ágata agradece al Mtro. Joaquín Díez-Canedo Flores, su valiosa colaboración iconográfica.



Elías Nandino Vallarta en 1910.



Elías Nandino en 1932.



*Retrato de Elías Nandino.
Obra del pintor Roberto Montenegro (1926).*

INTRODUCCIÓN

*El Sol es a la Tierra
lo que el erotismo al hombre.*

Estuve o creí estar (con palabras de Rimbaud) “una temporada en el Infierno” de cinco a seis meses, que fueron para mí, como cinco o seis interminables siglos. Durante ese tiempo sufrí, gocé, morí, me resucité, desesperé, lancé candentes gritos con mi silencio más agudo y, en las noches confidentes, me curaba de tanto delirio escribiendo poemas que luego guardaba en uno de los cajones de mi escritorio. Muchas semanas después de que hizo crisis ese vendaval amoroso, buscando unos apuntes que necesitaba, hurgué en los muebles de mi habitación y encontré, sin querer, el legajo en que dormitaban esos poemas. Los rescaté con interés y, por la noche, ya en mi cama, completamente solo, los leí a media voz. Me impresionaron, me parecieron extraños, ajenos, desconocidos; pero, poco a poco, me fueron reviviendo sitios, hechos, fechas, hasta que lograron poner frente a mis ojos los recuerdos íntegros y vivos. Finalizada la lectura, positivamente emocionado, caí en una larga reflexión que me hizo decidir pasarlos a máquina para tratar de darlos a conocer. Es lógico –pensé– que lo que el poeta escribe, lleva implícito el deseo de comunicarlo. Mas todavía, el poema no existe sino hasta cuando es violado por los ojos humanos. Por otra parte, yo escribo como vivo y vivo como escribo. La poesía la creo de mi propia vida vivida. Admitido todo esto por mí mismo, reafirmé mi decisión de publicarlos bajo el nombre de *Erotismo al rojo blanco*, aunque yo sé que más que eróticos, son trágica y amargamente humanos, porque son el testimonio de una pasión senil, delirante, obsesiva, que en su locura pasional creyó posible

juntar el amanecer con el ocaso. Deben creerme, que al dar a conocer este poemario no me mueve ninguna presunción cínica o exhibición malsana. No y de ninguna manera, no. Esta experiencia que he sufrido y gozado en mi propia carne, la sufren casi todos los que llegan a una edad avanzada con el cuerpo casi muerto, pero con el infierno sexual, oculto y vivo. La vejez externa es una apariencia que guarda en sus adentros, casi intacto, el deseo sexual erecto en el martirio doloroso de su carne enjuta. Todos los ancianos somos Tántalos que ambulan con la sed en la mirada.

En palabras claras: mis poemas nacieron de la verdad de una pasión intempestiva e indomable. La larga vivencia fue auténtica. La experiencia vital inaudita. Por lo mismo yo no voy a publicar mis poemas con un seudónimo, o a dejarlos que se apolillen en un cajón o a despedazarlos por cobardía. Que chillen los puritanos (que son puritanos), pero yo amparo con mi firma estos poemas.

El Autor



Elías Nandino en 1938.



Cena en honor de André Breton en la planta baja del “Cine Rojo”, en la esquina de las calles de Bolívar y Madero en el D.F., en 1938.

*Del frente hacia el fondo, en el lado izquierdo de la mesa:
Adolfo “Fito” Best Maugard, la esposa del Cónsul de Francia,
un personaje no identificado, Frida Kahlo, Elías Nandino,
Antonio “El Corcito” Ruíz, Julio Castellanos, Carlos Orozco,
Manuel Álvarez Bravo, Agustín Lazo (en la cabecera),
Antonio Magaña-Esquivel, Sotomayor, Jorge Cuesta,
Luis Cardoza y Aragón, José Gorostiza, Delfino Ramírez,
el Cónsul de Francia, el homenajeado André Bretón,
Lupe Marín y Julio Torri.*

DE LOS PODERES MENGUANTES Y LAS RECUPERACIONES IRÓNICAS

En 1957 conocí al doctor Elías Nandino (el término es insustituible) y la justificación la elaboró Xavier Villaurrutia en el Prólogo a *Eco*: “Yo lo he visto sostener alternativamente, el lápiz del escritor y el bisturí del cirujano; escribir y operar; escribir con fiebre y operar con frialdad”. José Emilio Pacheco me invitó a *Estaciones*, la revista que durante veinte números Elías Nandino dirigió y patrocinó. El doctor era entonces un ser un tanto periférico, poco apreciado en las valoraciones oficiales, considerado “excéntrico” por su obsesión en prevenir contra los males de la influencia surrealista, pero también reconocido por su calidad poética, su generosidad, su interés genuino por la obra de los demás. Todavía no se configuraba el mito de ese ámbito cultural y social que se desprendió de la revista *Contemporáneos* y sólo había papeles distribuidos: Jaime Torres Bodet, el gran perfil-humanista-que-incitaba-a-la-concordia-del-espíritu; Carlos Pellicer, la notable figura poética y democrática que difundía su obra en recitales; Xavier Villaurrutia, la leyenda del poeta perfecto; Salvador Novo, el personaje ubicuo al que de cuando en cuando alguien le atribuía “buenas costumbres”. Con escasísimas excepciones, los escritores no le interesaban a los medios masivos y eso hacía posible el autoconsumo intensivo, la búsqueda no muy animosa de lectores, la concentración de poderes y saberes literarios en unas cuantas publicaciones y las jerarquías casi explícitas (en la cumbre, el humanista Alfonso Reyes).

A la distancia, *Estaciones* resulta una proposición insólita. En ningún momento, el doctor Nandino vio en ella una plataforma de lanzamiento

personal. Nada más alejado de su temperamento que las maniobras literarias. Por lo contrario, le interesaba el quehacer ajeno, la reivindicación de la obra de sus amigos Jorge Cuesta y Gilberto Owen, la insistencia de los múltiples méritos de Pellicer y Villaurrutia, el aprecio por la literatura (no por la persona) de Novo, el entusiasmo ante la producción de los jóvenes. Al recordar tal olvido de sí, me explico detalladamente la efusión de Owen en una carta:

“Tú eres Elías, ¿en dónde estás, dónde te sitúan los críticos en el mentado panorama de la poesía mexicana? ¿Ya te están enfermando romántico, o monstruotizándote clásico? En mi inteligencia y en mi sensibilidad, eres solamente poeta. No entiendo en esto los adjetivos, ni grande ni pequeño, ni asombroso, ni nada. Poeta solamente. Tu libro me ha llenado de una alegría, es la parte más pura y más hermosa de tu obra. Lo he leído temblorosamente. Me he olvidado por completo de tu amistad, que me brilla en el corazón, para leerlo; y tu amistad se me ha metido por la cabeza y por los nervios. Me siento emocionado, Elías. ¿Leíste tu ley en uno de mis esperpentos? ¿Dónde estás, sino en mi admiración intelectual y en mi amor de hermano?”

José Emilio Pacheco, Sergio Pitol y yo aprendimos mucho del doctor Nandino. (En particular, José Emilio afinó en *Estaciones* esa disposición natural para el diálogo y el servicio culturales, que es parte indelible de su obra). El doctor nos animó, leyó con algo que no me gustaría calificar de “gusto sincero”, nuestras primeras producciones, nos entregó una sección juvenil y nos permitió participar en el nuevo periodismo cultural de los cincuentas. De los años de *Estaciones*, yo retengo imágenes, lecturas, anécdotas y la gratitud permanente al modo en que un escritor maduro ni imponía su autoridad, ni pretendía homenajes, prefiriendo en cambio, compartir democráticamente su experiencia.

LA VERDAD DE LOS AMORES VERDADEROS

Estaciones fue, quizá, una revista frenada por el eclecticismo. Así lo exigía la manera de ser de Elías Nandino, su creencia en la literatura plural,

contradictoria, antidogmática. Pero lo que se encuentra en *Estaciones* (y que está presente también en *México Nuevo* y *Cuadernos de Bellas Artes*, otras publicaciones coordinadas por el doctor), es la voluntad de incluir y respetar todas las tendencias; no tiene que ver con su poesía que de *Sonetos* (1937), a sus *Alburemas y cantos* contra la senilidad física de hoy, mantiene un tono continuo, si se quiere depurado y acrecentado, pero fiel a la línea del inicio. En Nandino, el placer por el lenguaje poético aprendido en compañía de su amigo Villaurrutia, se complementa con un afán de hondura, de confesión esencial... La palabra *confesión* se llena aquí de múltiples significados. El poeta *confiesa* sus dudas metafísicas, sus certidumbres e incertidumbres sobre los límites de la vida y la muerte; el enamorado *confiesa* su angustia, su miedo a que los términos comunes oculten una verdad solo traducible a la poesía; el ser marginal *confiesa* su incapacidad de engaño o simulación. ¿Es o no autobiográfica la poesía de Villaurrutia o la de Nandino? (La de Novo lo es, expresamente). ¿Hasta dónde la tensión singular de estos textos responde a un aprendizaje retórico y a una preferencia formal; o hasta qué punto, como sugiere Carmen Galindo en su nota sobre el poeta “que salió del closet”, Elías Nandino dice “dificultuosamente” su verdad para burlar un medio represivo? ¿Qué tanto hay en esta poesía de simbolismo desentrañable y de sinceridad esquiva, de rescoldos de existencia subterránea, de lenguaje codificado para transmitir las experiencias “prohibidas” de la heterodoxia sexual?

Ese llanto invencible que brota a medianoche,
cuando nada se ve y ni nuestros propios ojos
pueden atestiguarlo,
porque es llanto reseco, privado de su sal,
desvestido de linfa,
con aridez de fiebre
y amargo como el humo de los remordimientos.

De Nocturno llanto.

Quizá estas preguntas no sean conjeturas ociosas. En la medida en que la poesía se inscribe en la historia, los escritores responden inevitablemente a sus prejuicios o a sus presiones, y eso también forma parte de su obra. En los años veintes o treintas, pocos consiguen, como Luis Cernuda o Porfirio Barba Jacob, celebrar abiertamente la verdad de un “amor verdadero” condenado por la mayoría. Esto no es asunto de valentía o cobardía; hay una imposibilidad social que determina la clandestinidad de los sonetos de Novo o García Lorca, y que influye sin duda en el tono austero enigmático de Villaurrutia o Nandino. Es altísimo el precio por sostener una disidencia erótica; a las hostilidades y burlas, hay que agregar la necesidad de un lenguaje aparentemente neutro, que elabore de continuo las vivencias más intransferibles y las ofrezca como intensidad un tanto abstracta.

LAS VOCES DEL SILENCIO, LAS ATRIBUCIONES DEL LECTOR

Herederero dual de los románticos y los simbolistas, Nandino elige un vocabulario consagrado y los grandes temas: la poesía, la muerte, el misterio metafísico, la noche, la duda, el erotismo que dice su ubicación pero no su nombre exacto; la incesante conversión de los elementos naturales en naturaleza del verso. En la medida de la prudencia a que obliga la represión circundante o, quizá debido a la exigencia de una forma que no cede siquiera ante lo autobiográfico, Nandino es inapresable, confía en las voces del silencio y en la capacidad del lector para leer entre líneas, combinar los matices, implantar las reticencias. Lo inexpresado quizá sea fruto de una estratagema social o de un nuevo orden poético:

Si solamente tengo palabras y palabras
para decir mi angustia, mi sed de eternidad,
y las palabras son espejos desolados
que sus aguas no pueden la imagen reflejar...

¿Con qué grabar la línea del cuerpo imaginado,
las heridas de aroma que me deja el amor,
si las palabras son cadáveres errantes,
y es imposible darles un nuevo corazón.

De *Poema íntimo*.

Toda la obra de Elías Nandino es sucesión de mensajes cifrados que se entregan sencilla y morosamente. La bibliografía es extensa: *Espiral* (1928), *Color de Ausencia* (1932), *Eco* (1934), *Río de sombras* (1935), *Sonetos* (1937), *Suicidio lento* (1937), *Poemas árboles* (1938), *Nuevos sonetos* (1939), *Nudo de sombras* (1947), *Espejo de mi muerte* (1945), *Poesía I y II* (1947 - 1949), *Nafragio de la duda* (1950), *Triángulo de silencios* (1953), *Nocturna suma* (1955), *Nocturno amor* (1958), *Nocturno día* (1959), *Nocturna palabra* (1960), *Eternidad del polvo* (1970), *Cerca de lo lejos* (1979), *Conversación con el mar* (1947-1982) y *Erotismo al rojo blanco*. Las insistencias, las obsesiones son parte de un ordenamiento visual y psicológico. A Nandino, como a Villaurrutia, la noche y la muerte les resultaban los otros nombres del comportamiento marginal: pero en Nandino, la muerte es sinónimo de la consumación humana y poética (no el *más allá* sino el *más acá*); y la noche no es, como en *Nostalgia de la muerte*, la otra ciudad del instinto, la otra orilla del deseo. En la noche, Nandino halla la riqueza de imágenes que ubicará la soledad personal y colectiva. Su dramatismo no depende de la metamorfosis incesante de rostros y lugares sino de la exploración de los sentidos con sus revelaciones al calce:

Cada noche, cuando la sombra anula
lo visible y reduce mi universo
a la secreta soledad pensante,
recuesto junto a mí

el ansia reprimida
que, todo el día, quiso ser palabra
delante del fulgor de tu presencia;
y con ella a mi lado
inventó el cauce puro del más puro silencio,
para dejar que exprese y desahogue
el idioma contenido
que brota de los dos al mismo tiempo,
y en diálogo desnudo, consolarnos
dejando en libertad
la noctívaga fuerza inapagable
de un misterioso amor inconfesado.

De *Noctura suma*.

A partir de los poemas de *Cerca de lo lejos*, Nandino cambia. Si persiste el acento confesional, éste ya no es ambiguo ni inaprensible. Ante la cercanía de la muerte, ésta pierde su velo retórico y debe poetizarse de otra manera. Nandino se dedica a algo insólito en nuestras letras: una lúcida y dramática indagación de los poderes menguantes de la vejez (“Lo trágico es que, si el hombre es longevo, tiene que contemplar y sufrir su propio derrumbe”).

Llega el día en que el hombre se satura y se cansa
del amor, del placer, del dolor, de la esperanza,
y se vuelve solitario, empedernido, mudo
como soltera piedra varada en el desierto.
Llega el día en que nada, absolutamente nada,
le despierta deseo. Lo ayer apetecido
hoy carece de encanto, de sabor, de alegría,
y no lo incita al beso ni tampoco al orgasmo.
Llega el día en que el hombre es su cadáver vivo

que continúa de pie. Y si respira, conversa,
camina a tientas, llora en seco, es tan sólo porque
su mineral corazón aún mueve su sangre.

Él insiste: lo terrible es seguir deseando, fornicando, anhelando con la mente, mientras el cuerpo no responde. El relato amarguísimo de la vejez en los libros últimos de Elías Nandino es, en su desmitificación, finalmente positivo. Lo importante no es la decadencia física de un octagenario, sino la preservación del gusto creativo de la vejez. De modo no muy distinto al de los poemas de vejez de Pellicer (“Camino firme / y con la cabeza / hermosamente en su lugar”), para Nandino el atroz reconocimiento de sus límites es incentivo para seguir escribiendo gozosamente, haciendo del poema un espacio de la potencia física.

Después del llanto más sublime,
hay que sonarse.
Después del coito más perfecto,
hay que limpiarse.

El brevísimo poema (la gozosa provocación) de Elías Nandino, expresa el contenido trágico y liberador de su producción reciente, la confesión que, de tan expuesta, deja de serlo. En la vejez, un poeta se expone como no pudo haberlo hecho en la juventud o en la madurez, en abierta preferencia de los “vicios limpios”, a las “virtudes sucias”. Defensa y contra ataque, lamentación y cántico de la arrogancia, *Erotismo al rojo blanco* es el riesgo final de una vida. A los 82 años, con el Premio Nacional de Letras, los reconocimientos largamente pospuestos y el afecto y la admiración de los jóvenes, Nandino se arriesga, declara que “El amor no tiene sexo, tiene amor”, y cuenta la historia de su amor imposible: un anciano se enamora de una persona joven y escribe versos de amor “aunque yo sé que más que eróticos son trágica y amargamente humanos, porque son el testimonio de una pasión senil, delirante, obsesiva, que en su locura pasional creyó posible juntar el amanecer con el ocaso”.

La apuesta es elevada. Se trata de hablar desde una doble marginalidad, la del heterodoxo y la de quien llega “a una edad avanzada con el cuerpo casi muerto, pero con el infierno sexual oculto y vivo. La vejez externa es una apariencia que guarda en sus adentros, casi intacto, el deseo sexual erecto en el martirio doloroso de su carne enjuta. Todos los ancianos somos Tántalos que ambulan con la sed en la mirada”. Si estas palabras de Elías Nandino corresponden a una verdad estricta, lo sabrá el lector a su debido tiempo. Mientras, tiene una oportunidad absolutamente infrecuente, un libro donde hay más desenfreno que angustia, donde rige una suerte de cachondería cósmica y un poeta que se regocija especificando sus fantasías vindicativas y sus sueños más intransferibles. Ah, poseer sexualmente a la tierra, fornicar a las estrellas, abrir la entrepierna del Cosmos con el mero impulso fálico, revolverse en el lecho del “priapismo cerebral”, comprimir el universo a la medida del orgasmo unánime, dolerse burlona y dramáticamente de la impotencia, asumir las posibilidades literarias del chiste, aceptar que la obsesión es el más justiciero punto de vista, que nos permite reconocer en el acto de morir a nuestro último orgasmo y que facilita la comparación de la Luna llena con una “perfecta gota de semen”.

Todo tu cuerpo
es un vergel
de sexos inéditos.

Un poeta sexualiza su circunstancia entera en el instante en que, como persona, ya no dispone del placer erótico; y le pide y le exige al poema que le entregue las satisfacciones que la vejez le niega. Bello acto de fe. Unos ochenta años, consumidos por la juventud cercana e inaccesible y –en verdad–, por la expresión literaria de ese desastre redentor. Nandino se lamenta, se queja del “incendio de la yesca”, pero lo que sus poemas entregan es la seguridad del goce. Ya puede maldecir sinceramente a la longevidad. Sentir la “concupiscencia rezagada” es una manera de

sentirse vivo y de sentirse viviendo en la poesía. ¿Qué distancia hay de “el relámpago cumbre de tu orgasmo” (escrito en 1949) y la celebración de la doble fellatio?:

Así gozaremos
de todo
lo limpio y lo sucio,
lo impuro y lo santo
que al fin
eso somos:
estiercol y ensueño,
pudor y descaro,
bondad y ponzoña
y un montón de tendones,
arterías, redaños,
vísceras y huesos,
que la piel disimula,
encubre, defiende
y da forma.

De *Eso somos*.

De la exageración se salva con el tono irónico y con el humor que se burla de sí, de la pudibundez de una tradición literaria y de las expectativas del lector. Un octagenario, un hombre nacido en 1900, celebra con frenesí el amor físico. *Erotismo al rojo blanco* es, simultáneamente, una ruptura y un testimonio de fidelidad a la obra propia. Desde los años veintes, Nandino estuvo seguro: la manera más elocuente a su disposición para expresar su marginalidad, era la libre aceptación del “pecado”, la conversión de un término teológico en expresión triunfal:

¡Crisol ardiente es el vicio
en que el alma se depura!

Una poesía, sin que nadie lo registre entonces, resulta también ideológica y política sexual. Nandino habla del “inmortal pecado”, del “raro sabor de mis instintos”, de “ilusiones de raros lupanares”, de “mares de pecado”, de “la certidumbre de haber construido tu primer pecado”; y se jacta:

Pero... por sendas carnales
y por pecados mortales
también se conquista el cielo.

Erotomanía y grafomanía. Literatura y una vida incurable: “¡Soy y seré sexo hambriento!” (1948). Para Nandino no hay pureza fuera del coito. Si no ha dejado puro “ni un poro de su cuerpo”, es porque lo que le importa es unir el cuerpo y el alma, sexualizar el alma para espiritualizar el cuerpo.

El solipsismo se cumple desvastadoramente:

Muertos tú y yo
no quedará ni Dios...

y la blasfemia es parte de un intenso afán copulativo, en donde los besos

Nos dejan las bocas
con dolor de caderas.

El orgasmo es la aurora de la humanidad; que sea también la visión postrera. La obscenidad es liberadora y por tanto, deja de ser “obscenidad”; deja de herir susceptibilidades para convertirse en arma de entendimiento y compensación.

Elías Nandino se atreve a decir y en eso radica gran parte de la novedad y el vigor de *Erotismo al rojo blanco*, en la plena aceptación de la rabia y el hambre sexuales, en el relato de ese amor extenuado y ávido

que explica y reivindica a su vejez. Nandino exalta y niega a la vez a la mitología que hace el sexo el centro de la vida y convierte a los ancianos en cadáveres insepultos. Sin pudor, él utiliza a la poesía como el espacio de recuperación de sus poderes seminales y como el ámbito de una serenidad que usa a la resignación y a la desesperanza. No se aferra a la vida, se aferra a la poesía que es, interminablemente, la recuperación y la permanencia:

Confesión

Mi poema íntimo,
el que no escribo,
sólo
lo cohabito contigo.

Carlos Monsiváis



Elías Nandino en la década de los cuarenta.



*Retrato de Elías Nandino.
Obra de María Izquierdo (1937).*

ELÍAS NANDINO

Para quienes éramos jóvenes al terminar los cincuenta, Elías Nandino estaba allá, muy alto, pero inmóvil en su poesía solitaria que sólo unos pocos se acercaban a leer. Los demás, eran enviados por los poderes culturales vigentes a paladear la poesía calificada como única, en los dogmas de quienes fungían como dueños de revistas, suplementos, grupos establecidos para orientar -¡qué necios!- el gusto cultural. Uno leía forzosamente a los Contemporáneos y corría por los autógrafos y las enseñanzas de Pellicer o de Novo y memorizaba las maravillas de Villaurrutia, las profundidades de Cuesta, las suavidades de Owen. Luego había que recitar a Octavio Paz, el imprescindible y regresar siempre a don Alfonso Reyes, muerto apenas la víspera y padrino de todos los que de una forma u otra, merecían un trato comedido en la mesa gastronómica de nuestra literatura. Era forzoso pagar ese tributo de elogiar a los valores establecidos según “la ruta nuestra”: extrañísima forma de entender en un solo sentido, el sentido de lo propio, lo que valía la pena encomiar.

Para quienes éramos jóvenes al terminar los cincuenta y empezar los sesenta, no existía vuelta de hoja. Eso era lo perdurable y a callar. Nada de andarse con remilgos, muchachitos, ni decir no me gusta a lo que había salido del Olimpo. Era muy importante leer y paladear y venerar a aquéllos -muchos y buenos todos desde luego-, so pena de parecer idiota y terminar los días publicando versitos y ensayitos en alguna revistucha marginal.

Para quienes éramos jóvenes al comenzar los sesenta, aquello era más o menos así.

Así era el mandamiento, pero desobedecíamos y pecábamos y nos lanzábamos a leer a Elías Nandino -qué difícil era dar con sus poemas-, o a gustar en secreto -como oficiantes del vicio solitario-, las rimas broncas de Leduc; o a entregarnos de lleno a los versos rebeldes de Efraín Huerta y Jesús Arellano. O a asomarnos, temblando de emoción, a la emoción cotidiana, temprana todavía, de un Jaime Sabines desgarrado. Eran muchos los buenos que no estaban en la brillante lista de los imprescindibles y nunca conseguimos entender -no lo entendemos aún ahora-, por qué los grupos, las revistas, los suplementos de la élite, les regateaban tanto el reconocimiento. Entre esos grandes -de alguna manera marginados o simple y hábilmente soslayados-, estaba a la cabeza, ya se sabe, Elías Nandino. Venía de muy atrás: de lejos: del tiempo de los Contemporáneos, que no lo acabaron de instalar en su equipo, tal vez porque a Nandino le faltaba el desplante social de lo exquisito. “Los conocí cuando eran inmortales -le dijo a Armando Ponce un Nandino burlón, en octubre de 1982- y mire usted, ahora todos están muertos”. El único que vive, que sobrevive, es él, atado a esa suya poesía que al ser añejada por el tiempo, al no haberse desgastado por la publicidad dogmática de lo antologable, conserva y trasmite hoy el sabor de lo original, de lo sencilla y limpiamente poético por triste y por dramático.

Desde luego, Elías Nandino jamás fue un inocente, ni se dejó aplastar ni marginar a lo tonto. No es una víctima. Él se hizo a un lado y dejó pasar los búfalos tronantes para poder continuar escribiendo sin presiones de fama o de premios posibles. También, además, con generosidad de médico apostólico -bondadoso señor-, se dio a la tarea -por aquellos cincuenta- de publicar *Estaciones*, donde los jóvenes de fines de esa década, echábamos a retozar nuestras primeras parrafadas y aprendíamos a reconocer, en ese poeta altruista, pero extraño -siempre extraño, misterioso- una personalidad que no negociaba con halagos y que de pronto se ponía a decir, por ejemplo, maravillas:

*Cuando de noche a solas, en tinieblas,
fatigado de no sé qué fatiga
se derrumba mi cuerpo y se acomoda
a la impasible superficie oscura
que le sirve de apoyo y de mortaja,
yo me tiendo también y me limito
al inerme contorno que me entrega,
a la isla de olvido en que se olvida.*

Elías Nandino no necesitó de trampas políticas para sobrevivir en nuestras letras. Con sus propias manos fabricó una silla y se sentó a la mesa de la poesía mexicana a leer sus versos con sabor a muerte. Leyéndolos, es decir, escribiéndolos, nos entregó un mensaje a los jóvenes de entonces, que guardamos en un lugar privilegiado del librero nacional, en un sitio agradecido del corazón literario.

Para quienes éramos jóvenes al terminar los cincuenta, Elías Nandino fue maestro, amigo, ejemplo sobre todo de cómo ser y hacerse escritor sin alharacas: sencillamente siendo y escribiendo.

Vicente Leñero

Publicado en *Reflejos*, I, No. 5,
Guadalajara, Jal., junio de 1989.



Elías Nandino a principios de los sesenta del siglo pasado.



*Reunión en honor de Enrique González Martínez,
en la ciudad de México en 1938.*

*En la primera fila de izq. a der., Anselmo Mena, Elías Nandino,
Enrique González Martínez, María Izquierdo, no identificada,
Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa y otro personaje no identificado;
en la segunda fila, Samuel Ramos, Alfredo Gómez de la Vega y
León Felipe, entre otros; y en la tercera fila, Octavio Barreda,
Tata Nacho, Carlos Orozco, Méndez Samará, Antonio Castro Leal,
J. Villaseñor y Carlos Pellicer, entre otros.*

POEMA PREFACIO

No me importa
cómo juzguen mi vida,
yo traté de vivirla
haciendo estrictamente
lo que de ella apetecía.
No hubo deseo
tentación o capricho
que no le realizara
con eficaz esmero.
Y fuera lo que fuera
al tiempo de cumplirlo
lo transformé en ensueño.

Por ella fui lascivo
y no he dejado puro
ni un poro de mi cuerpo.

Fue tal mi apego
a los desmanes
de su carnal orgía,
que a mis ochenta y dos años
de su infierno en ruinas
aún estoy creando mi poesía.

El amor no tiene sexo, tiene amor.

P O E M A S E R Ó T I C O S

1979 – 1980

Y VIVO Y ME DESVIVO

Longevidad maldita:
¿por qué si soy ceniza
mi cerebro está en brama
y su lujuria cunde
hasta las marchitas zonas
de mi carne aniquilada?

Longevidad maldita:
llamarada helada,
tantálico averno
de concupiscencia rezagada.

Toda belleza humana
aún me despierta la esperanza
de gozarla,
y vivo y me desvivo
eyaculando:
sólo orgasmos de lágrimas.

LENGUAJE MUDO

Cuando me saludas,
cuando te saludo,
nuestras manos hablan
su lenguaje mudo.
Los dos entendemos
pero lo callamos.
-Hay un placer inmenso
en sentirlo y no hablarlo.

Y nos duele el tiempo,
y nos duele el alma
y nos quema el cuerpo;
mientras los muslos captan
un gotear secreto.

EL NUDO EN LLAMAS

*¡Qué triste es el incendio de la yesca!
Al quemarse no deja ni ceniza.*

Tu juventud incendia
mis ochenta años
y somos
el nudo en llamas
del alba y el ocaso.

El día y la noche
se han juntado
íntimamente
para crear el caos
de este amor insensato.

Unidos rodamos
con una pasión desorbitada.
No hay luz ni rumbo.
Sólo existe
el ímpetu de una antorcha
que su corola agranda
ambicionando el goce,
y el tizne sin ceniza
de una hoguera
que tiene muchos años apagada.

PARA QUE ME DEFIENDAS

Levántame la vida,
deja lamer tu piel
navegar tu marea
en estos cuantos días
que todavía me restan.

Permíteme, también,
que como tú
yo piense
que la muerte no existe
y el tiempo no camina.

Mi ocaso se apenumbra
y casi veo
agolparse las sombras
que deberán
borrarme para siempre.

Déjame estar en ti, contigo,
para que me defiendas
de *las leyes de la gravedad*,
de la grave edad,
que sin descanso tratan
de restituirme al seno de la tierra.

BABEL EN LOS LABIOS

Si son los besos
nuestro mudo lenguaje preferido:
¿por qué siempre terminan
en confusión de lenguas
que nos deja
sin pensar, sin mirar y sin sentido?

NOCTURNO A TIENTAS

A oscuras, yacentes
en el mismo lecho,
somos brasas despiertas
que vigilan
el pulso de sus lumbres.

Me animo y me aventuro
mi mano por su cuerpo:
voy encontrando
laderas y llanuras,
asomo de pezones
y un par
de lomas redondas
que un precipicio
aparta,
haciendo entre las dos
una cañada.

A tientas
en su fondo palpo
un inasible vello
casi sueño...

Parece
que ando cerca
de las puertas del cielo.

El merodeo prosigue
y después
de subidas y bajadas,
bajadas y subidas,
doy con algo
inédito y matrero.
-¡Hallazgo afortunado
que al fin me queda
como anillo al dedo!

PINCHE ORGULLO

No puedo dormir
porque no estoy en mí,
sino contigo, en tu casa
y los dos desnudos
en la misma cama.

Y también tú,
en estos momentos
debes estar
sintiendo lo mismo,
porque no estás en ti,
sino aquí, conmigo,
en esta hoguera
de soledad y sábanas
donde forcejeo
con el rebelde cuerpo
de tu ausencia.

Por el terco *amor propio*,
por este pinche orgullo
estamos separados
en diferentes lechos,
desabrazados

y abrasados
por idénticos infiernos,
en los que, quizá los dos,
desvistiendo y mordiendo
las almohadas,
logremos mitigar
en esta larga noche,
el hambre dolorosa de los sexos
y las llamas heladas de este fuego.

QUE ÚNICAMENTE...

Hacer el amor
significa gozarnos
sin asco ni miedo
y, a través
de la entrega total
de los cuerpos,
también cohabitar
nuestro propio
misterio.

Hacer el amor
es asunto
que a nadie le incumbe
sino sólo a los dos.
Es placer que inventamos
de modos tan raros,
que únicamente
podemos hacerlo
tú, y yo.